



29.08.2013 / Extraído de una publicación de 2011

Malvinas y la construcción de la Profundidad Estratégica Argentina

Juan Recce

Director Ejecutivo CAEI
Fundador de PueblosPorMalvinas.org

Nuestra profundidad estratégico-territorial en el sistema Antártida-Malvinas tiene que estar asociado a nuestro desarrollo antes que al incremento de nuestro poder relativo militar. Por ello, nuestra avanzada en Malvinas debe ser el CONICET. A diferencia de 1982, la batalla se da en el campo del conocimiento y la carrera no es armamentista sino científica. Siempre ha sido así, al menos desde la modernidad.

La geopolítica es un rompecabezas dinámico, las movidas de anticipación modifican el modo en que van calzar las próximas piezas, desplazando el horizonte de lo posible y rediseñando la forma final del cuadro. Nunca se sabe cómo se va a quedar, sólo sabemos que si no participamos del juego nunca habremos condicionado su forma conforme a nuestros intereses.

Re-pensarse implica activar nuestra "imaginación geopolítica"¹, para pasar del determinismo geográfico a la posibilidad geográfica², y por tanto, del determinismo jurídicista a la posibilidad política.

En busca de profundidad estratégico territorial

La crisis en la matriz hidrocarburífera global, la incertidumbre frente al cambio climático, el agotamiento de las reservas de mineras estratégicas y el boom de la biodiversidad marina aplicada a la industria farmacéutica han resignificado la cuestión Malvinas y la cuestión Antártica constituyéndolas en un único tema estratégico de relevancia vital para planificar el futuro de la sustentabilidad económica y productiva de nuestro país, de la región y del mundo.

Debemos reinterpretar a Malvinas y a la Antártida, no solo como un único vector estratégico, sino fundamentalmente como un factor de desarrollo económico y de prosperidad material para nuestro pueblo. Para ser potencia media, nuestro país debe consolidar su profundidad estratégica. Miremos a nuestro alrededor y veremos cuán importante es. Brasil la ganó en dos direcciones, la "Amazonia verde" durante el siglo XIX y la "Amazonia Azul" en el siglo XX. Sudáfrica con su idea de "Nación marítima" y Chile con su "Mar presencia" fueron por el mismo camino. Este es nuestro tiempo. Nuestra generación tiene que comprender que el futuro de una Argentina próspera, desarrollada y soberana depende, en gran medida, de profundizar los logros argentinos de la última década en materia de política exterior malvinense y antártica. Los recursos para la construcción de una Argentina Potencia Media están a la mano, al sur austral, junto con Sudamérica.

¹ Cfr. John Agnew, *Geopolitics: Re-Visioning World Politics*, London, Routledge, 1998.

² Cfr. John O'Loughlin, *New Geopolitics*, En: John O'Loughlin, *Dictionary of Geopolitics*, Westport, Greenwood Press, 1994



Malvinas y Antártida son para el futuro de nuestra economía “real” un vector estratégico tan clave como lo es el litio del Salar de Uyuni para Bolivia, la cuenca petrolera del Orinoco para Venezuela, o la de Santos para Brasil. Renunciar a nuestro patrimonio de genomas, biodiversidad, riquezas minerales, y tal vez petróleo, sería tan crítico para nuestro futuro, como lo hubiese sido renunciar a nuestra Pampa Húmeda a mediados del Siglo XIX. Imaginemos que sería hoy de nuestro modelo de desarrollo si hubiésemos errado en aquella apuesta.

De la misma forma que Uyuni, el Orinoco y Santos, las riquezas del sistema Antartida-Malvinas son un patrimonio colectivo para la prosperidad de Sudamerica.

Nuestra profundidad estratégico-territorial en el sistema Antartida Malvinas tiene que estar asociado a nuestro desarrollo antes que al incremento de nuestro poder relativo militar. Por ello, nuestra avanzada en Malvinas debe ser el CONICET. A diferencia de 1982, la batalla se da en el campo del conocimiento y la carrera no es armamentista sino científica. Siempre ha sido así, al menos desde la modernidad.

Aunque los intelectuales más conservadores se esfuercen por decir que la historia de la política internacional se resume en ruidos de cañón, sangre y fuego, esa no es más que la triste e insulsa cascara de los procesos mundiales. El Reino Unido logró un lugar privilegiado en la historia gracias a la Primera Revolución Industrial; Estados Unidos logró el suyo gracias al impulso social y económico que le permitió la carrera por la Segunda Revolución Industrial. Para ambos la guerra fue un catalizador pero no la causa. Detrás, siempre ha habido mentes brillantes desplazando el horizonte de lo posible conocido. China e India, entre otros, van por ese camino. El conocimiento es el verdadero poder. Tal vez después, solo después, en el momento crucial, es decir, aquel en que se dirime la “socialización” o la “privatización” de tal conocimiento transformador, con su respectiva asignación de roles sociales mundiales, usualmente determinantes por generaciones, es cuando la fuerza deviene en un recurso sin sustitutos.

Para Malvinas, la clave no está en el militarismo. Una guerra prolongada nunca se gana con las armas guardadas en el cuartito del fondo. Una guerra prolongada se gana con aquello que se conoce como “movilidad industrial”. ¿Cuán autosuficiente vas a ser en el autoabastecimiento (fabricación) de tus propios “chaski-boom” una vez que los hayas tirado todos en la vereda de tu casa (para que te miren)?

Plantear el problema del Atlántico Sur como una carrera armamentista tendiente a la búsqueda de la simetría del poder militar con el Reino Unido es un absurdo. Nunca mejor aplicado el “No te gastes”. “La plata nunca te va a alcanzar”, sería en criollo. Si vamos por ese camino, sólo le vamos a allanar el terreno a los intereses de quienes nos desean exhaustos y divididos. Identifiquemos con lucidez a los profetas de la nada, no para acallarnos, sino para sonreírles con ironía y pensar en la sólida quietud de nuestros adentros: “ya te conozco”.

Estados Unidos y el Reino Unido agotaron a la Unión Soviética con la estrategia conocida como la Guerra de las Galaxias. Quién llega más rápido y más lejos, para devenir en más peligroso, era el motor de ese complejo de identidad. La Unión Soviética no lo entendió y sembró, al ritmo de la producción de armas, pobreza, exclusión y corrupción. Así funciona el “maltusianismo militar”. El poder militar siempre es escaso si el otro tiene un poco más. ¡Cuanto más, cuando ese otro tiene muchísimo más!

Esto no significa que no debemos aspirar a un sistema de armas moderno y eficiente. La conducta de Brasil, paladín del multilateralismo y la resolución pacífica de controversias puede resultarnos aleccionadora en ese sentido. Pero ese camino es largo, y como se decía en mi barrio “si te dormís el pasto crece”.

Tradicionalmente se entiende que la Defensa funciona como una póliza de seguros. Pagas una alícuota mensual (sueldos, mantenimiento, reequipamiento) conforme a un set de riesgos probables. Dice la ortodoxia sin lateralidades cognitivas que esta póliza sólo puede generar tres beneficios posibles: 1) “disuasión”, 2) “negación del espacio al enemigo” y 3) “proyección de poder”, al profético grito de: “a un lado esto: la verdad,



al otro lado: «el excesivo idealismo y la peligrosa frustración». ¿Será cierto esto? Seamos honestos, podemos mucho más.

La Defensa ejerce un monopolio logístico natural insustituible. Así por ejemplo, sólo una Marina está en condiciones físicas y presupuestarias para navegar permanentemente nuestro mar hasta límite de la zona económica exclusiva o monitorear la soberanía submarina de nuestros fondos oceánicos. Sólo una Fuerza Aérea está en condiciones de volar a la Antártida ¿Cuánto le saldría a la ciencia y tecnología de nuestro país una logística autónoma? Si nos permitimos pensar otras cosas, cosas nuevas, aquellas que desplazan el horizonte de lo posible conocido, tal vez podamos compartir esa logística con bajísimo costo marginal y con escasa afectación de las tareas tradicionales de nuestras fuerzas armadas, posibilitando una altísima rentabilidad social, en términos de investigación y posterior desarrollo científico tecnológico para nuestra economía real.

Nuestras unidades navales podrían albergar núcleos civiles autónomos de investigación científica, contar con equipamientos de última generación para el relevamiento geológico de nuestra plataforma continental, disponer de recursos para la detección y captura de nuestra biodiversidad y otras muchas cosas. Sería desafiar al destructor inglés con los constructores argentinos.

Pensemos una política de defensa en clave Saint Exupery, pero sin Principitos. Hoy más que nunca, “lo esencial” para la economía real del futuro “es imperceptible a los ojos” de la guerra, pero no para la ciencia. Ocupemos el Atlántico Sur con conocimiento, sólo así ganaremos profundidad estratégica, condición sine qua non para una Argentina potencia media en las próximas dos generaciones.

En busca de profundida popular nacional e internacional

La cultura Gandhiana de la no violencia dismanteló el imperio inglés en la India. Hoy vamos por ese camino; hay una sociedad global comprometida y consciente que no tolera ya algunas injusticias.

El revés diplomático argentino en Sudamérica ha desestabilizado las esferas de influencia del Reino Unido. De allí la furia británica. La restricción de ingreso de barcos con la bandera isleña es una acción espejo al blindaje jurídico que el Reino Unido realizó a través de la inclusión de Malvinas en los territorios europeos de ultramar. La legitimidad y el aval de un colectivo regional contra otro equivalente.

Los países hermanos de la región hicieron una apuesta a futuro sorteando costos en el presente. Hay que ser justos, no es fácil lograr esa congruencia cuando la interdependencia es densa y compleja y Goliat presiona. Los países hermanos de Sudamérica, presos de los condicionamientos de la historia, tuvieron durante mucho tiempo una posición incongruente entre la declamación y la acción. Por ello, hoy, su adhesión discursiva y material a nuestra causa ha sido doblemente noble y audaz. Estamos llamados a ocupar regionalmente un lugar importante en el moldeado de un vecindario global posoccidental. Todos coincidimos en que el Reino Unido, al igual que cualquier otro poder colonial, poco tiene que hacer en estas latitudes en que emerge una identidad estratégica común.

La clave de la prosperidad de nuestra región pasará sin dudas por el fortalecimiento de la economía real con una lógica sostenida agregación de valor para el endo-consumo regional y la exportación hacia otras regiones. UNASUR es lo suficientemente rica y vigorosa como para “hacer” en el plano de la integración física, de la inversión productiva innovativa y del fortalecimiento del mercado de trabajo en clave keynesiana bajo el auspicio de los estados y de los instrumentos colectivos de nuestra región. Malvinas cuenta para el futuro de América del Sur, y UNASUR cuenta para el futuro de Malvinas. UNASUR es para Suramérica un proyecto colectivo de poder. El sur es más que un mero espacio geográfico, es una idea que re-otorga significado al espacio y al modo en que las relaciones se generan.



La resolución jurídica es inescindible de la solución política del conflicto. El derecho internacional nunca ha sido una prístina expresión del deber ser, todo lo contrario, es la cabal expresión histórica del poder mundial. El derecho ha sido pensado como un laberinto europeiforme sin salida para quien no tiene el poder. El camino del éxito para los militarmente débiles es la creatividad; debemos romper las formas y seguir actuando políticamente. El reconocimiento global nos hace políticamente fuertes. No hay tiempo que perder puesto que parte de la prosperidad de nuestras próximas generaciones está en juego en el vector Malvinas-Antártida.

Este es el momento de repensar donde concentrar la energía de nuestro poder social constructor. El filósofo y ex ministro brasileño Roberto Mangabeira Unger diferencia tres izquierdas, la izquierda recalcitrante (nostálgica), la izquierda humanizante (resignada) y la izquierda reestructura (redireccionadora). Más allá de las coordenadas de izquierda o derechas, somos esa generación reestructora capaz de desafíos aun mayores que los que hemos superado, porque hemos comprendido que se puede moldear plásticamente el curso de los acontecimientos de las historia, co-condicionando positivamente el margen de acción de los que nos han condicionado previamente. Esto no es idealismo es pragmatismo socialmente comprometido.